

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Léase la reconvencción que dirige Moisés al pueblo de Israel, diciéndole, que el único modo de agradecer cumplidamente á Dios tantos beneficios como del mismo recibían, era temerle, servirle y amarle sobre todas las cosas. DEUTERON. x, 12 y 13.

Josué protesta ante todo el pueblo de que inútilmente esperarán la felicidad y paz que Dios les promete, si no procuran con absoluta preferencia amar de corazón á su Dios y Señor. JOSUE XXIII, 11.

El Espíritu Santo hace un magnífico elogio de David porque amó á Dios de todo corazón. ECCLI. XLVII, 10.

El ejemplo de la Magdalena arrepentida y postrada á los pies del Salvador, nos manifiesta los prodigiosos efectos que produce en el alma el amor divino, transformándola; y nos revela cuan generoso es Dios en perdonar muchos y grandes pecados: *Dimissa sunt et peccata multa quoniam dilexit mundum.* LUC. VII.

Cuanto se complace Dios en nuestro amor, y cuanto se complace en nosotros cuando le amamos, nos lo manifiesta él mismo en las respuestas que exige del Príncipe de los apóstoles: *Petre, amas me? Etiam, Domine, tu scis quia amo te.*

El apóstol S. Pablo puede servirnos de modelo de un amor intenso cuando afirma, con todo el vigor de su alma, que ninguna criatura, ninguna desgracia, ni aun la misma muerte, podrán separarle del amor de Jesucristo. ROM. VIII.

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Facile quælibet bona possunt perire, quæ non possunt sine charitate prodesse.* AMBR. LIB. DE VOC. GENT. III.

*Nihil amantibus durum, nullus labor difficilis; amemus et nos Deum, et facile videbitur.* HIERON.

*Nullum habere debet terminum charitas, quia nullo potest claudire Divinitas.* LEO SERM. X DE QUADR.

*Quisquis cognoscit te diligit te,*

Con suma facilidad pueden perderse todos los bienes, cuya posesión de nada nos aprovecha sin el amor de Dios.

Nada hay penoso para los que aman, ninguna empresa se les hace difícil; amemos pues á Dios, y todo nos será fácil.

El amor á Dios no debe tener límites, como no los tiene la Divinidad.

El que te conoce (oh Dios mio)

*se obliviscitur; amat te plusquam se, relinquit se ut veniat ad te.* AUG. IN SOLILOQ. VI.

*Verus amor non sentit amaritudinem, sed dulcedinem, quia sorror amoris dulcedo est, sicut sorror odii est amaritudo.* AUG. CONFESS. LIB. III.

*Charitas in omnibus Dei donis ita excellit, ut etiam Deus dicta sit: Deus charitas est.* IDEM, IN EPIST. AD JULIAN.

*Altare Dei est cor nostrum in quo jubetur ignis semper ardere; quia necesse est ex illo ad Deum flammam charitatis indesinenter ascendere.* GREG. LIB. XV MORAL. 7.

y te ama, se olvida de sí propio, porque te ama mas que á sí, y por esto se olvida de sí mismo para pensar solo en tí.

El verdadero amor no conoce la amargura, sino la dulzura, por ser esta la compañera inseparable del amor, así como la amargura lo es del odio.

El verdadero amor es un don de Dios tan superior á sus demas dones, que hasta se le apellida Dios: *Dios es todo amor.*

Nuestro corazón es el altar del mismo Dios, en el cual se nos manda, que tengamos siempre encendido el fuego del amor, cuya llama debe subir continuamente hasta su divina presencia.

## AMOR DEL PRÓJIMO.

## I.

*Diliges proximum tuum sicut teipsum.*

Amarás al prójimo como á ti mismo.

(Luc. IX, 27.)

Nadie ignora, que despues del amor que todo hombre debe tener á su Criador, el amor del prójimo es la base y el fundamento de la religion cristiana, como que en estos dos principios se funda toda la economía de lo que el Señor se ha dignado revelarnos. Sin embargo,



no todos los cristianos quieren hacerse cargo de la latitud á que alcanza el deber de amar á sus semejantes, ni de los verdaderos caracteres de este amor. En la presencia de Dios, todos los hombres, sea cual fuere su país, sus leyes, sus costumbres, sus creencias, son dignos de nuestro amor; porque todos son hermanos, todos han sido formados por una misma mano, en todo se ve impresa la imágen del mismo Criador; y por salvar á todos y á cada uno, sin la menor preferencia de fieles ó infieles, justos ó injustos, derramó su sangre Jesucristo. Siendo uno mismo el Dios de todos los hombres, dejándose ver en todos el sello impreso por la misma mano, y siendo iguales las relaciones que los unen, ¿pudiéramos dejar de amarlos, sin ofender al Dios que los crió, al Salvador por quien fueron redimidos, al Hombre-Dios que no se desdeñó, como dice el Apóstol, de caracterizarlos con el título de hermanos suyos? ¿Y no debemos ofrecerles el obsequio de nuestro amor, no una vez, sino siempre, en todo tiempo, en toda circunstancia, en cualesquiera ocasiones? Pero ¿cuál será el tipo por el que habrá de regirse este amor? El Salvador nos lo dice: *Sicut teipsum*; debemos amar á nuestros semejantes como nos amamos á nosotros mismos. Si los hombres observasen religiosamente este precepto, todos serian felices, reinarian en todas partes la paz y la tranquilidad, la tierra seria una imágen del cielo; pero por desgracia es muy comun el tener por excluidos del derecho al amor que Dios prescribe en su ley, á los hombres á quienes se guarda algun resentimiento; y amar á los demas solo en épocas determinadas, en ocasiones especiales, en circunstancias particulares, y amarlos con ménos eficacia de la que debe manifestarse en la práctica. Examinemos atentamente los designios que Jesucristo tuvo al imponernos el precepto de amar á nuestros semejantes, y comprendiendo la obligacion que nos impone, y el tipo á que debemos atenernos en el cumplimiento de este precepto, procuraremos observarlo con la escrupulosidad que se merece por la singular preferencia que le dió Jesucristo. *Diliges proximum*, amarás al prójimo, esto es, á todos los hombres: hé aquí nuestro deber. *Diliges sicut teipsum*, le amarás como á tí mismo; he aquí su tipo ó norma. El asunto, por su importancia, exige toda vuestra atencion. Para examinarlo dignamente, imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. La ley de gracia no es la única que dice, ama al prójimo, *diliges proximum*; esta ley es tan antigua como el mundo, y es anterior á él; Dios la grabó en el corazon de nuestros primeros padres para trasmitirla á su posteridad. A proporcion que los hombres se

multiplicaron, se extendió mas; y para perpetuarla, quiso el Señor que se grabára tambien en tablas de piedra, dándolas á Moisés para que la publicára á su pueblo. Pero como esta ley no habia llegado aun á su perfeccion, y estaba ya borrada del corazon de la mayor parte de los hombres, Jesucristo, que vino para completar lo que la faltaba, la renovó con su divino espíritu, y la dejó enteramente perfecta. Por esto la puso entre las primeras máximas de su Evangelio, y la calificó de precepto suyo particular: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem*. JOAN. XV, 12. Os doy un nuevo mandamiento: *Mandatum novum*; Jesucristo quiere que se observe de un modo enteramente nuevo y con mas perfeccion que en la ley antigua; es decir, que los hombres se amen unos á otros como él les amó; que amen hasta á sus mayores enemigos: *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos*. JOANN. XIII, 34. Tales son, amados hermanos míos, los términos de la ley, que impone el amor al prójimo; ley formal y precisa, que no da lugar á torcidas interpretaciones; ley indispensable, contra la cual nadie puede alegar excusa para eximirse de ella; ley la mas justa y razonable, apoyada en los mas sólidos fundamentos, esto es, en las relaciones de los hombres con Dios, y en las relaciones de los hombres entre sí. Debemos amar al prójimo; ¿por qué? por ser obra é imágen de Dios, por haber sido redimido con la sangre de un Dios: éstas son sus relaciones con Dios. Debemos amar al prójimo; ¿por qué? porque como hombres, todos somos hermanos, y mas aun como cristianos: éstas son las mútuas relaciones que nos unen.

El hombre es obra é imágen de Dios, de lo cual no podemos dudar. Cuando concebió el designio de sacarle de la nada, dijo: Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. GEN. I, 26. Formó su cuerpo con un poco de tierra y lo animó con un soplo de vida, con una sustancia espiritual, que representa en su esencia á la misma divinidad, la imita en sus operaciones, y, siendo inmortal, participa de su eternidad. Este hombre, formado á imágen de Dios, es tambien el premio de la sangre de un Dios; fué redimido y salvado por la muerte de un Dios-Hombre, y en este concepto es hijo adoptivo de Dios, heredero de su reino, objeto de su amor y de su celo paternal. ¿Qué motivos tan poderosos para amar al prójimo! Negarle nuestro amor, ¿no seria negarlo al mismo Dios que lo ha formado y redimido para hacerlo suyo? Si no amais al prójimo, que veis, ¿cómo amareis á Dios, á quien no veis, dice S. Juan? Si no amais al prójimo, ¿cómo podeis decir, que amais á Dios? En este caso infrin-



gís uno de los primeros preceptos, cuya observancia le da á conocer á los que le aman; y si la infraccion de un solo mandamiento equivale á la infraccion de toda la ley, como dice el apóstol Santiago, ¿qué diremos de los que los infringen todos, no observando el precepto de la caridad, que es el complemento de la ley? No deben confiar, pues, en su salvacion los que no aman al prójimo. En vano, amados oyentes, en vano usariais el lenguaje de los ángeles; en vano tendriais una fe bastante viva para remover los montes, como dice S. Pablo; en vano pasariais orando todos los dias; en vano hariais vuestro cuerpo objeto de todos los rigores del ayuno y de la mortificacion; pues si no teneis caridad, añade el mismo Apóstol, de nada os servirá todo eso: *Si charitatem non habuero, nihil mihi prodest.* I Cor. XIII, 5. Debemos practicarla con preferencia á cualquiera otra virtud, dice el Príncipe de los Apóstoles: *Ante omnia in vobismetipsis mutuum charitatem habentes.* I PETR. IV, 8; y no digais que ese ó aquel á quien no amais, no merece vuestro amor; que tiene un carácter extravagante é insufrible; que ese hombre, á quien la ley os manda amar como á vosotros mismos, tiene defectos que le hacen indigno de vuestro afecto; que no puede alternar en ninguna sociedad, que hasta os ha insultado, ultrajado, y que siempre está prevenido contra vosotros. Yo supongo que todo esto sea cierto, y que la conducta de ese hombre merezca vuestra indignacion mas que vuestra amistad; el desprecio de sus semejantes mas que las consideraciones sociales; pero ese hombre es la imágen de Dios, ha sido redimido con la sangre de un Dios, y lo que en él debeis mirar y amar, no son sus vicios, sus defectos, sus desórdenes y su conducta, sino la imágen que representa; cerrad los ojos á lo demas: básteos saber, que Dios está representado en el hombre que os desagrada, que os ha ofendido; y, por último, debeis amar á Dios en este hombre, y á ese hombre por Dios. La imágen del rey, ora esté grabada en plomo ó en oro, siempre es respetable; así tambien la imágen de Dios, ya se considere en un hombre vicioso ó virtuoso, siempre es, como tal imágen, digno de vuestro respeto y amor. Mirad esta imágen, ó mejor, mirad á Dios, y así cumplireis lo que os manda; mirad tambien lo que el prójimo es para vosotros mismos, y vereis otro de los motivos en que se funda la caridad, que debemos tenernos mutuamente.

Puede considerarse al hombre, ó por lo que es en sí mismo, ó por lo que es como cristiano. En ambos conceptos, los hombres han de atender á las relaciones mútuas, que deben formar los nudos de una estrecha caridad. Cualquier hombre es prójimo de otro hombre;

como hombres, todos tenemos un mismo origen, un mismo padre. Para que no tengamos todos mas que un mismo corazon, todos estamos compuestos de la misma naturaleza, de un cuerpo y un alma semejantes; habitamos la misma tierra, y nos alimentamos de los mismos frutos que produce. No creais, pues, que por ser vosotros ricos, y pobre vuestro prójimo, esteis dispensados de amarle. Sois ricos, y podeis pasaros sin él, no hay duda; pero ese pobre, ese indigente, ese miserable, es hombre como vosotros, es vuestro semejante, Dios podia enriquecerle, ensalzarle como á vosotros, y tal vez lo ha merecido mas que vosotros. ¿Le aventajais acaso en sacrificios hechos á Dios para obtener unos bienes que él no tiene? ¿No podia Dios reduciros al mismo estado en que se encuentra un infeliz pobre? Miraos, pues, á vosotros mismos en el hombre que habeis despreciado. Es vuestro hermano, y como tal, merece vuestro amor. ¿Y cuánto mas habrá de merecerlo como cristiano?

Con efecto, todos somos hermanos en Jesucristo, y el lazo del cristianismo, que une á los hombres, es aun mas fuerte que el de la humanidad. Como cristianos, todos somos regenerados por el mismo bautismo, todos tenemos á Dios por padre, á la Iglesia por madre, á los sacramentos por alimento, al cielo por herencia; somos los miembros de un mismo cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Pobres y ricos, grandes y pequeños, nobles y pecheros, reyes y súbditos, sabios é ignorantes, todos pertenecen al cuerpo místico de Jesucristo, y todos, por consiguiente, han de estar unidos por los vínculos de una sincera caridad. Ved la union y las relaciones que hay entre los miembros del cuerpo humano. Tal es la comparacion de que se vale el Apóstol: Vosotros sois el cuerpo *místico* de Cristo, y miembros unidos á otros miembros: *Vos estis corpus Christi et membra de membro.* I Cor. XII, 27. Todos estos miembros se interesan uno por otro: el dolor del uno se comunica á los demas; y no bien está curado el uno, quedan todos aliviados. Los ojos guian á los piés, las manos defienden la cabeza; en la distribucion de alimentos, cada miembro toma lo que necesita y deja lo demas para los otros. Si alguno de ellos sufre ó está débil, los otros le alivian y le sostienen; si el pié se clava en una espina y se lastima, por levantados que estén los ojos, se bajan para buscarla, la mano acude para sacarla; en una palabra, tienen todos los miembros tales relaciones entre sí, como que les son comunes los bienes y los males.

Estos son los efectos que la caridad debe producir entre los cristianos, que son miembros de un mismo cuerpo. Todos estos miembros deben estar unidos para prestarse mutuamente los auxilios que



necesitan, de suerte, que los unos sirvan como de ojos, los otros como de piés, segun se expresa en la Sagrada Escritura, cuando se elogia al santo varon Job, diciendo, que era el ojo del ciego, el pié del cojo: *Oculus fui cæco, pes claudó*. JOB. XXIX, 15. Los que son superiores á los demas por su autoridad, y figuran, digámoslo así, lo que la cabeza con respecto al cuerpo, deben dar apoyo á los débiles; los ricos no han de desdeñar la miseria de los pobres, sino socorrerla; los que están buenos, han de asistir á los enfermos; los sabios y expertos han de instruir á los ignorantes y ayudarles con sus consejos. S. Pablo, comparando los miembros inferiores á los demas, dice, que así como los piés del cuerpo humano, aunque muy inferiores á la cabeza, no le tienen envidia, así los cristianos, que viven en la pobreza y en la oscuridad, no han de envidiar la dicha de los mas afortunados. Aunque un miembro sea incurable y con sus dolores haga sufrir á los demas, ninguno, empero, se irrita contra él, sino que, por el contrario, le compadecen y no consienten en que se les prive de su compañía. Así debemos sufrir mutuamente nuestros defectos, sin exceptuar á nuestros mayores enemigos, que ponen á prueba nuestra paciencia. Nada debe extinguir la caridad que ha de unir á los miembros de Jesucristo. El que está separado de su hermano por la enemistad que le tiene, no pertenece al cuerpo místico cuya cabeza es Jesucristo; es un miembro corrompido, que corre peligro de muerte: *Qui non diligit manet in morte*, JOANN. III, 14, pues no conserva el espíritu de caridad, que es la señal con la que Jesucristo quiso que se reconociera á sus discípulos: *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus*. ROM. VIII, 9.

Y con todo, amados hermanos míos, ¿dónde está la caridad cristiana, lazo que ha de unir los corazones? Léjos de ser así, vemos que menudean entre los cristianos la enemistad, la disension, los celos y la injusticia. El uno procura arruinar al otro con vejaciones, ó con engaños y reprobados medios. Este se apodera injustamente de unos bienes que no le pertenecen; aquel denigra sin embozo la reputacion de su hermano; los grandes oprimen á los pequeños; los pequeños envidian á los grandes; los que son iguales se miran con prevencion, de suerte, que bien podemos decir, que el mayor enemigo del hombre es el hombre mismo. Ya no hay lealtad entre los amigos; dicen que nadie sabe ya de quien fiarse; el trato de los hombres se hace insufrible, y ninguno está tranquilo sino lejos de sus semejantes; aun los que están unidos por los lazos de la carne y de la sangre, son á veces los mayores enemigos, y con frecuencia hallamos mejor acogida en un extraño, que en un pariente. El Evangelio cita el ejemplo

de un hombre, que fué abandonado por sus deudos y socorrido por un samaritano, que no pertenecía á su nacion. Muchas veces vereis tambien, que algunos, á pesar de sus buenos sentimientos, se dejan llevar de la antipatia, de la aversion á los que tienen la desgracia de desagradarles, con los cuales se permiten á lo mas algunas apariencias de caridad fingida, para encubrir un rencor reconcentrado ó una indiferencia censurable; les vereis, sin embargo, frecuentar los sacramentos, hacer muchas buenas obras, observar exactamente ciertas prácticas de devocion, que sin estar animadas del espíritu de caridad, no pueden agradar á Dios ni merecer sus recompensas. ¡Oh caridad de los primeros cristianos! tú les unias tan íntimamente, que todos no formaban mas que un corazon y un alma. ¿Por qué no reinas todavía en el espíritu y corazon de los cristianos de nuestros dias? ¡Ojalá, amados hermanos míos, reaviveis en vosotros el sublime fuego que animaba al cristianismo naciente! ¡Ojalá veamos renovarse la fraternal caridad, que constituye el carácter de los discípulos de Jesucristo! Examinemos ahora la práctica de esta caridad; *Sicut teipsum*.

Quando el Criador nos impuso la ley de amar al prójimo, preveía todos los falsos pretextos de que se valdria el amor propio para eludir la fuerza de su mandamiento, y, por consiguiente, proscribia ya de antemano esas amistades simuladas y aparentes, estériles é ineficaces, esas amistades, que se reducen á algunas palabras de cumplimiento, á algunas ofertas de servicios: amistad aparente, que no procede del corazon; amistad estéril, que no produce efecto. Por esto nos mandó el Señor, que amásemos al prójimo como á nosotros mismos: *Diliges sicut teipsum*; porque el amor que á nosotros nos profesamos es sincero y eficaz. Tal debe ser tambien nuestro amor para con el prójimo: amor sincero, que proceda del corazon; amor contrario á las amistades, que deben toda su apariencia al barniz que las encubre; amor eficaz, que se manifieste con las obras, é incompatible con las amistades estériles que no producen efecto. Mas como el amor que á nosotros nos profesamos, por sincero y eficaz que sea, no está siempre bien ordenado, ni se deja guiar por un buen motivo, y á veces es vicioso, mundano, carnal é interesado, tambien quiso Jesucristo purificar nuestro amor al prójimo, proponiéndonos por modelo el amor que nos profesa á nosotros: *Sicut dilexi vos*. JOAN. XIII, 34. Para resumir, pues, todas las calidades y reglas, que debe reunir y observar la caridad fraternal, digo, que ha de ser sincera en su principio, eficaz en sus obras y pura en sus motivos. Tal fué la caridad del samaritano, cuyo ejemplo nos propone Jesucristo.



Nosotros nos amamos con amor sincero, y puede asegurarse, que, en este punto, dejamos á un lado astucia y fraudes; no solamente no nos queremos mal, si que tambien nos deseamos cuantos bienes creemos necesarios para nuestra utilidad y recreo. Tened, pues, en cuenta, cuanto os amais á vosotros mismos para amar igualmente al prójimo. Considerad al prójimo como á vosotros mismos, no para desearle y hacerle mayor mal que á vosotros mismos, sino para procurarle y hacerle todo el bien que para vosotros apetecéis. Esta es la pauta de la caridad cristiana. Porque os amais á vosotros mismos, no quisierais que nadie se apoderase injustamente de vuestros bienes, empañase vuestra reputacion con negras calumnias, y os insultase con sangrientos sarcasmos: ¿cómo, pues, no os animan iguales sentimientos hácia el prójimo? Porque os amais á vosotros mismos, os deseais todo el bien que creéis necesario para preservaros de los males de la vida; lo propio debeis desear para el prójimo. No creais, pues, cumplir con el deber de la caridad, si tratais con indiferencia á vuestros semejantes. El precepto del amor reclama vuestro corazon; si se lo negais, no cumplís con el precepto. Ved al samaritano del Evangelio, á quien Jesús nos propone por modelo: á la vista del pobre herido, á quien encuentra moribundo en el camino, franquea su corazon á compasivos sentimientos, *miser cordia motus*, y acude al auxilio de aquel infeliz, para prestarle cuantos servicios le inspira su caridad. Todo lo que hace para aliviarle, se lo dicta el corazon, se lo inspira un amor sincero: *miser cordia motus*. Este grande ejemplo, amados oyentes, confunde á los corazones duros é insensibles á las miserias del prójimo, indiferentes á las adversidades ajenas, que se concretan á dar algunas muestras exteriores de compasion, en las cuales el corazon no toma parte alguna. Si os vierais en angustiosos apuros, agobiados por enfermedades ó reveses de fortuna, ¿no os pluguiera mucho, que vuestros semejantes os tuviesen compasion y tomasen parte en vuestros padecimientos? En vano, pues, os preciais de amar al prójimo, si no le profesais con sinceridad los mismos sentimientos, que deseais en los demas con respecto á vosotros mismos.

Como os amais con amor sincero, quereis que se toleren vuestros defectos, que se os trate con indulgencia; tolerad, pues, igualmente los defectos ajenos; sed para los otros tan indulgentes como quisierais que ellos lo fuesen para vosotros, y asi cumplireis la ley de Jesucristo: *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi*. GAL. VI, 2. Este es, amados hermanos míos, un punto notable para la práctica de la caridad. Todos tenemos defectos y flaque-

zas, que nos exponen á las mútuas ofensas, y, sin embargo, estamos obligados á vivir juntos; así, pues, para que la sociedad sea llevadera, es preciso perdonarnos recíprocamente, y disimular nuestras debilidades, sin lo cual fuera imposible toda relacion entre los hombres. La admirable sabiduría de Dios consiste, en que nos ha mandado amarnos unos á otros como á nosotros mismos, porque amándonos de esta suerte, nos perdonamos mútuamente. Dios, que nos manda sufrir á los demas, les manda tambien que nos sufran á nosotros. Si todos cumplen con su deber, nunca se turbará la paz, que á menudo se ve interrumpida por las pendencias y disensiones intestinas, que siembran la desolacion en las familias. ¿Por qué? por la falta de caridad en tolerar los defectos del prójimo. ¿Cuántos quieren que se les dispense y se les sufra todo, sin que por su parte toleren nada en los demás? Desean indulgencia para sí, y tratan á los otros con altivez, insultándoles ó despreciándoles por sus defectos. ¿Es esto amar al prójimo como á sí mismo? No por cierto, pues la caridad cristiana sigue la misma regla para el prójimo y para sí propio. No debemos amar solamente de palabra, y con la lengua, sino con obras y de veras ó sinceramente: *Non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate*. I JOAN. III, 18. ¿Cuál es el amor que nos profesamos á nosotros mismos? No solo nos deseamos el bien, sino que nos lo procuramos por todos los medios, y ocurrimos á nuestras necesidades. ¿Vivimos en la indigencia? buscamos medios para conseguir mejor suerte. ¿Estamos enfermos? recurrimos á los médicos. Estamos afligidos? buscamos consuelo al lado de un amigo. En una palabra, el amor ingenioso, que nos tenemos á nosotros mismos, nos sugiere mil recursos para hallar lo que necesitamos. Esto debe hacer un amor ingénuo y eficaz para con el prójimo; pues concretarnos á simples deseos, sin tratar de realizarlos, no es cumplir los deberes de la caridad, sino imitar á aquellos, que vieron á un herido en el camino de Jericó, y se limitaron á manifestar que le tenían compasion sin prestarle auxilio. ¿Por qué no imitamos, por el contrario, la conducta del caritativo samaritano, que á impulsos de su compasion, le dió todas las pruebas de una caridad eficaz, sin aguardar á que el pobre herido le pidiese socorro? En el orden práctico es menester, que estudiéis todas las necesidades corporales y espirituales á que se ve reducido el prójimo, para prestarle los auxilios que podais. Si vuestro hermano está en la indigencia, abatido por reveses de fortuna, por las calamidades del tiempo, tendedle una mano para ayudarle á levantarse, so-



con vuestras riquezas, con vuestro crédito, con vuestro trabajo, y con todos los servicios que de vosotros dependan. Si el hambre le molesta, y la sed le devora, y la desnudez le hiela, dadle de comer, y de beber, y con que vestirse. En resumen, prestad al prójimo desdichado todos los servicios, que deseariais que se os prestasen á vosotros mismos en igual situacion.

5. Pero es muy raro encontrar hombres bastante sensibles al infortunio ajeno, para verter en su corazon el lenitivo de una caridad bienhechora. ¿Cuántos corazones duros como el bronce, dejan desfallecer á unos infelices que carecen de todo, sin socorrerles con lo mas mínimo, al propio tiempo que no se privan ni quieren privarse de nada? ¿Cuántos les tratan con desdén, con insultante desprecio, haciendo asi ménos llevadera su miseria? Si se deciden á dispensarles algun favor, solo es para librarse de sus ruegos importunos, y aun lo acompañan con gestos y ademanes que dan testimonio de su alma empedernida. ¿De qué procede, pues, amados oyentes, semejante dureza, esa insensibilidad á las desgracias ajenas? De un espíritu sórdido, que domina á la mayor parte de los hombres. La caridad, dice S. Pablo, no mira por su interés: *Non querit quæ sua sunt*. Pero dice el mismo apóstol, que ese interés lo buscan todos: *Omnes quæ sua sunt querunt*. Esto es lo que destruye la caridad entre ellos. La caridad se complace en comunicarse; pero el espíritu de interés se reconcentra en sí propio, todo se lo atribuye, solo se ama á sí mismo, y no es duro sino con los demás. El espíritu de interés no solo vuelve á los hombres insensibles á la desdicha del prójimo, si que tambien separa á los mismos que debieran estar mas unidos: separa á los amigos, á los parientes, al hijo y al padre, al hermano y á la hermana, y lleva el desconcierto á las sociedades. ¿Por qué los primeros cristianos no formaban mas que un corazon y un alma? Porque no tenian cuestiones de interés que dirimir; todos sus bienes eran comunes, y competian en hacerse bien unos á otros. Para ser caritativos, es preciso desprendernos del interés y hacer partícipes de nuestros bienes á los demas segun sus necesidades y nuestros recursos; de suerte, que el que tiene mucho dé mucho, y el que tiene poco dé poco, como decia Tobías á su hijo.

Mas no nos detengamos solamente á probaros, que las necesidades físicas del prójimo deben ser el objeto de la caridad; hay bienes mas nobles, y son los del alma. Este asunto podria ofrecer materia para un discurso particular, del cual solo indico en

breves palabras los puntos capitales. Si el prójimo está afligido, debemos consolarle: es un acto de caridad, que á todos conviene, y que todos pueden desempeñar. ¿Cuántas ocasiones de ejercerlo no se presentan en los infaustos sucesos que acibaran la existencia humana? Una palabra de consuelo oportunamente dirigida á un enfermo, á un afligido, suaviza la amargura de sus dolores. Si el prójimo es un ignorante, ú observa una conducta desordenada, debemos instruirle ó corregirle. ¿Cuántos pobres ignorantes hay, que han menester instruccion, y por no tenerla, se alejan del buen camino! ¿Cuántos pecadores se extravian por las sendas de la iniquidad, por no recibir las saludables correcciones y los prudentes consejos que les inducirian á cumplir con sus deberes! Así, pues, la mayor caridad, que cabe ejercer, es la de afanarse por la conversion de los pecadores, coadyuvar á la salvacion del alma del prójimo, ya con exhortaciones oportunas, ya con buenos ejemplos, aun mas eficaces que las palabras.

En conclusion diremos, que la caridad ha de ser pura en su motivo, y lo será si amamos al prójimo, como Jesús á nosotros: *Sicut dilexi vos*. ¿Cómo nos amó Jesús, hermanos míos? Nos amó sin mérito alguno por nuestra parte, sin interés alguno por la suya. Nos ama hasta el punto de sacrificar sus bienes, su reposo, su vida por nuestra salvacion; y esta es la regla que propone á nuestra caridad, cuyo fin debe ser Jesucristo. Por consiguiente, ni la nobleza de la éxtirpe, ni el esplendor de las riquezas, ni las prendas físicas y morales deben determinar nuestro amor al prójimo, y aun mucho ménos debe tener por principio la pasion. Amarse para el crimen, dice S. Crisóstomo, es amarse para el infierno; y el amor ciego y profano no cabe ni puede caber en el orden de la caridad cristiana.

Habeis oido, hermanos míos, que estamos obligados á amar al prójimo como á nosotros mismos; os encargo, pues, que lo hagais. Este amor pide que nos suframos los unos á los otros; que nos socorramos en las necesidades; cumplamos con estas obligaciones del amor cristiano, y de esta suerte alcanzaremos una recompensa, que nunca acabará, la felicidad eterna que os deseo.



## AMOR DEL PRÓJIMO.

### II.

*Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis.*

No tengais otra deuda con nadie, que la del amor que os debeis unos á otros.

(Rom. XIII, 8.)

Es evidente, que los males de la sociedad, ante cuya consideracion no puede menos de aterrarse el hombre reflexivo, traen su origen y toman su desconsoladora intensidad del desprestigio ha que ha venido el sentimiento moral, robusta base en que descansan los fundamentos del mundo. Pues bien: el sentimiento moral está sometido con frecuencia á duras pruebas, merced á dos fuerzas opuestas, que luchan entre sí con ruda braveza: la fuerza del amor propio individual, y la fuerza del amor que naturalmente profesamos á nuestros semejantes, y al cuerpo de que todos somos miembros. El sentimiento moral queda herido de muerte desde que logra la preponderancia el amor propio individual; porque aquel sentimiento envuelve la superioridad de la razon sobre todos los actos de la vida, de la razon que nunca se ofusca, mas que cuando tratamos de apreciar cuales son nuestros legítimos derechos é intereses.

Si queremos, pues, robustecer el sentimiento moral, es preciso obligar al hombre á que dé exterior expansion á sus afectos; que procuremos hacerle de todos para que no sea exclusivamente de sí propio; que le exijamos de continuo amor para con sus semejantes. Cuántos mas hijos tiene un padre, mayores sacrificios está dispuesto á hacer, porque precisado á compartir su amor entre tantos objetos, se ama ya muy poco á sí mismo; lo propio nos sucede á nosotros. Cuando nos convencemos de que hemos de mirar como hermanos á todos nuestros semejantes, y nos consideramos severamente obli-

gados á amarlos á todos como á nosotros mismos, queda, digámoslo así, muy poco espacio en nuestro corazon para nuestro amor propio, que, por lo general, solo se nutre del amor que usurpamos á nuestros hermanos. Es preciso, pues, inculcar á los hombres el precepto de amar á nuestros prójimos por Dios como nos amamos á nosotros mismos, si queremos aplicar el remedio á los males de que la sociedad adolece. Este precepto vale mas que todas las leyes que los hombres han dado desde el principio del mundo, porque puede suplirlas todas, al paso que las leyes no pueden suplir este precepto.

Voy pues á considerar hoy la importancia social del amor cristiano á nuestros semejantes, y á demostraros, que esta importancia es inmensa. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Otra de las mas funestas enfermedades del corazon humano es el antagonismo individual, del que han nacido mas ó menos directamente todos los desastres que han pesado y pesan sobre los pueblos. El hombre no ha amado al hombre; hé aqui el origen de tantos trastornos. Contra el sentimiento del egoismo, que, reducido á sus justos límites, es el sentimiento de la conservacion del individuo, pero que exagerado, como generalmente suele serlo, es la muerte del espíritu social, ha de haber otro sentimiento de generosidad y de amor, que aun á costá de sacrificios tienda á la conservacion del todo. La combinacion de estas dos fuerzas produce el orden moral y el bienestar de la sociedad. Pues bien, el amor cristiano, que debe el hombre á sus semejantes, nos representa unidas estas dos fuerzas; por consiguiente, es el remedio mas eficaz y fecundo para los males de la sociedad. Bien pueden los hombres andar en busca de teorías, que tengan quizá tanto de falaces como de ingeniosas; bien pueden inventar combinaciones que aspiren á la honra de que se las tenga por principios fundamentales: vanas é inútiles serán todas sus tentativas; vana é inútil será necesariamente toda organizacion donde no entren otros elementos mas fecundos que los debidos al ineficaz cálculo humano. La ley moral es la ley social; porque la ley moral, siendo la higiene del alma y el antidoto de las enfermedades del corazon, es la que pone los sentimientos propios y los intereses individuales en armonía con los demas sentimientos é intereses que constituyen lo que llamamos el bien social y público; y esa ley moral, segun como establece las relaciones entre hombre y hombre, se compendia en el precepto de amar á nuestros prójimos lo mismo que á nosotros mismos.